

dente, se retorcían de dolor y se agitaban en terribles convulsiones, dando siniestros alaridos, á los cuales subseguía el estertor de sus espantosas agonías y el estridente grito de la suprema exhalación del postrimer suspiro, iluminando con las llamas alimentadas por el jugo de sus cuerpos las hermosas estatuas clásicas y las grutas por pintadas flores, que debían aparecer como si las tiñesen reflejos rojos de sangre abrasada é hirviente, Nerón iba precedido de una procesión religiosa, por aquellas hileras de patibulos y braseros, entre las cadencias de sinfonías acompañando á exaltados himnos, con las gitanas egipcias y las bailarinas andaluzas castañeteando sus crótalos y urdiendo sus danzas, subseguido por magos sirios que hacían sortilegios y por bacantes ebrias que celebraban el amor sensual, medio desnudo, sobre carro de marfil, del cual tiraban hermosas jóvenes disfrazadas de marinas sirenas y en torno del cual quemaban otras jóvenes hermosas, disfrazadas de náyades campestres, tal cantidad de incienso en cazoletas áureas que formaban espesa nube litúrgica en torno de Nerón y le prestaban aspectos y formas de un verdadero dios. Pero, ¡ah!, no: el Dios era, no un déspota, sino un esclavo; no un vivo, sino un muerto; no un omnipotente, sino un mártir; no quien sabía matar, sino quien sabía morir; y lejos de predicar el crimen y la venganza, levantando los ojos al cielo desde la cruz el patíbulo de los esclavos, á la hora de su mejor afrenta y amargura, intercedía con su Eterno Padre por los que mataban, dejando ese modelo de perfección absoluta vivo en el mundo para que se realizasen todos los ideales de justicia y se formara la nueva humanidad en el crisol de un amor tan enajenado é intenso por los demás, aun á riesgo de uno mismo y holocausto y sacrificio, que debería llamarse caridad, en la cual se consumían todas las escorias y de la cual se levantaba un espíritu tal que había de obrar un milagro tan grande como el que aquellos mismos hombres, devorados en el horrible tormento neroniano que ideara la omnipotencia cesarista, se habían de sobreponer á todo, y subiendo en alas de sus oraciones al mismo Capitolio donde los atormentaban, habían de dar á Roma la eternidad que no pudieron recabarle antes ni sus tribunos y césares, cuya omnipotencia material tuvo que ceder á la omnipotencia de una idea.



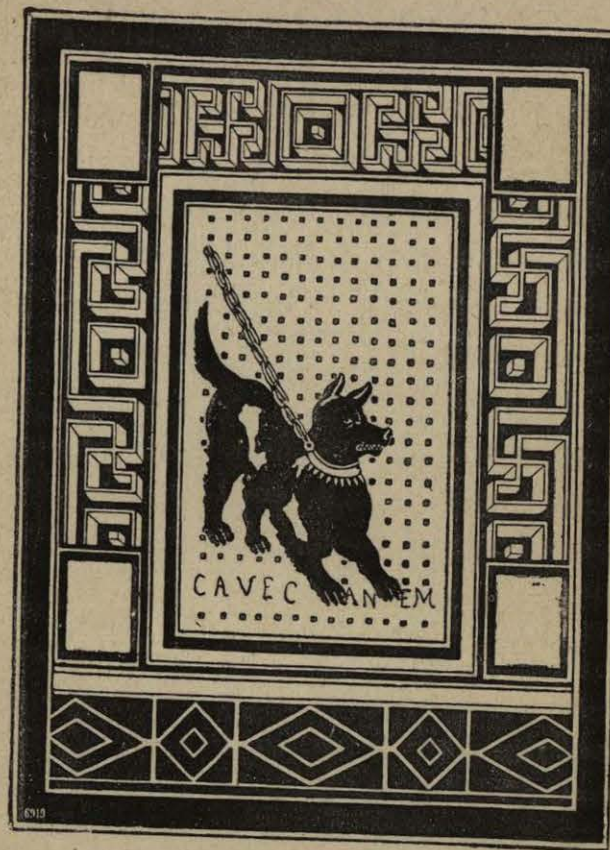
CAPITULO XXI

MÁS EXCESOS Y MÁS DELIRIOS

Las construcciones colosales, que subsiguieron al incendio de Roma, confirmaron el público rumor y la pública sospecha de que Nerón había quemado la capital con ánimo únicamente de restablecerla y restaurarla. El áureo palacio, levantado sobre las ruinas aún calientes, como llamaron á su hogar, aurea casa ¡oh!, argüía una demencia de verdadero déspota, como la célebre de aquellos del Oriente á quienes flagelaran el teatro griego y la Biblia hebrea. No eran los jardines adscritos al santuario del tirano aquel jardines, eran verdaderos campos, capaces de sustentar una población entera, pues no cuentan en sus espacios con términos tan dilatados de cultivo y menos de recreo las mayores ciudades. Praderas con grande horizonte, sensible, por interminables, junto á selvas incultas y espesísimas; bosques muy apañados al modo griego junto á cañaverales; donde las enredaderas y lianas parecían crecer á su grado; pajareras en que discurrían pintadas, canoras, inocentes aves, al lado de jaulas, que hacían estremecer los zarpazos y los rugidos de brutos carniceros; estanques de aguas marinas, por las cuales varios monstruos oceánicos saltaban en todas direcciones, no lejos de canales, por cuyas dulces argénteas corrientes gallar-

deaban á una con los cisnes de flexible cuello las latinas velas y los pintados gallardetes; grutas de flores que sombreaban estatuas de mármol y palacetes destinados á tal mono de Africa y á tal elefante de India y á tal tigre de Caldea; los contrastes más de bulto y relieve que pueden imaginarse, desde las umbrías llenas con los melodiosos acentos de flautas y caramillos á lo dios Pan, hasta las praderas á lo Semíramis, en que se cultivaban las plantas más exóticas, al de obeliscos y pirámides, cuyas bases ahondaban en el suelo, y cuyas cúspides, verdaderos observatorios astronómicos, con el cielo tocaban como si estuviesen apercebidos y aparejados á contar las estrellas; así eran los jardines de Nerón, que parecían, según lo rápidamente hechos y adornados, una evocación de la teurgia y de la magia, más que una obra concertada y matemática de competentes jardineros y ornamentadores y arquitectos, pues todo allí era como un verdadero milagro. Y no hablemos del palacio. Las historias cuentan y no acaban. En el área precedente á tal encantadísimo lugar se levantaba el coloso, la estatua de Nerón, gigantesca y titánica, con unas proporciones cual sólo habían tenido el coloso de Rodas y algunas por el estilo. Hacíanse lenguas los naturalistas de los metales que la componían y formaban. Su bronce, originario de Campania, mezclado con materias preciosas, parecía, resaltando ante los intercolumnios multicolores del Pentélico y bajo los cielos azules de Roma, una estatua de oro. Allí se había hecho antes una en bronce, con simulacro y efigie de Ceres, ofrecida por cierto Cassio, á quien mató su padre, receloso de que tales obras significasen una incontrastable aspiración á sublevar el pueblo y el ejército contra la República, coronándose monarca él. Merecían estatuas en la Ciudad Eterna los que habían reportado un triunfo, conseguido un premio en los juegos olímpicos, puesto en fuga tres veces á los enemigos de la patria, muerto en el campo de los combates ó en las embajadas que expedía el pueblo-rey á los pueblos enemigos. El heleno gustaba de las estatuas muy sencillas; los romanos solían ponerles corazas y petos y cascos, el traje militar. Tres mil estatuas contaron cada una cuatro ciudades como Atenas, Delfos, Corinto y Olimpías. Ienodoro, muy famoso entonces, erigió el coloso, la estatua gigantesca de Nerón. Más de cien pies tenía de altura. El modelo, que hizo en barro su autor,

ostentaba una semejanza tan grande con la cara de Nerón, que le reconocían á la simple vista y lo llamaban por su nombre los niños con sólo descubrir una estatuilla copiada del modelo. Cinco millones de reales, en el valor de nuestra moneda, costó entonces, pues tal cantidad sumaban los talentos que diera el emperador, por



Mosaico de Pompeya

traza, modelado, fundición y demás componentes del desmesuradísimo coloso, cuya corona de rayos áureos competía en riqueza y en esplendor con la corona del sol. Tras esta enormidad, vestíbulos é intercolumnios sin término, cortados por coros de estatuas sin fin, resaltando ante paredes, pintadas con frescos, representativos de varias escenas del culto y del teatro; palacios aglomerados, imitando á los conocidos en todas las regiones romanas y agotando cuanto podían ofrecer de ostentoso y llamativo las arquitecturas, así del Oriente como del Occidente; por el suelo mosaicos de tal

brillo y de tales colores que hubieran envidiado las más ricas y más variadas tapicerías persas; á los costados de estos pavimentos, macetas en largas líneas, de cuyos senos se levantaban arbustos de varias formas cargados de flores; en los sitios más preciosos y destinados á mayor solemnidad, capillas de ágatas conteniendo efigies policromas, á cuyos pies lucían aras de ámbar y ante cuyos erguidos cuerpos columnas de serpentina y de granito rosa con basamentos y chapiteles de bronce dorado; en los gabinetes, incrustaciones de marfiles festonados por aristas de oro puro y embutidos de piedras preciosas, colocadas con arreglo á las supersticiones litúrgicas reinantes que daban valor mágico á cada piedra, para el verbo á los jaspes, y para el reposo y sobriedad á las amatistas, y contra las mordeduras de víboras y los maleficios el topacio; coronando tantas maravillas, amén del ópalo de Anstoma, por cuya obtención había proscrito á un senador, la sardónica de Samos, arrebatada del templo de la Concordia, y el joyero de Antridates, consagrado por Pompeyo al Capitolio, y la esmeralda que usaba para lente valiendo un imperio y la piedra única que hizo la fortuna del gran Alejandro: á todo sumábase una estancia cuya bóveda de lapislázuli figuraba la bóveda celeste, tachonada por astros de oro y brillantes que reproducían el cielo meridional y concertaban músicas de las esferas, como aquellas de los ensueños pitagóricos, en unas combinaciones demostrativas de que tal hombre quería que su hogar fuese como el resumen y compendio de la universalidad de los seres, ya que él mismo era como un compendio abreviado de todos los déspotas temidos y de todos los dioses idolatrados en este nuestro mundo. Tal aparece la nueva casa de Nerón en los libros y en los recuerdos romanos.

Allí, entre todas aquellas maravillas y todos aquellos milagros, dábase á soñar con lo imposible. Viendo el cielo girar sobre su corona y la tierra extenderse á sus plantas y los dioses vivir en su compañía, ¿qué cosa podría parecerle imposible? Lo que soñaba por la noche, en obra poníalo á la mañana siguiente. Decíanle que Dido dejara en el espacio, un día ocupado por su ciudad fenicia, tesoros y más tesoros, los cuales podían enriquecerlo á él y enriquecer á la Ciudad Eterna; pues no se paraba delante de ningún obstáculo, ni material ni moral: apercibía una escuadra y encarga-

ba, de la busca é investigación del soñado tesoro á los tripulantes reunidos por la fecunda labia de cualquier embaucador encontrado por casualidad en el camino de la vida. Como todos los neuróticos y dementes, daba relieve y bulto á lo soñado, cual si lo viese con sus ojos ó lo tocase con sus manos, y libraba cuanto le pedía el gusto sobre tan imaginario tesoro, arruinándose y arruinando consigo á la ciudad y al imperio. Luego reconveníale al proyectista por la frustración de su proyecto. Y el farsante, que se le había presentado cual una cierta esperanza, visto el desengaño, tenía que apelar al desesperado suicidio, huyendo del odio de Nerón. Después pensó en buscar las fuentes del Nilo. Este río, de orígenes misteriosísimos, de curso tortuoso; con su corona de palmas que tanto lo embellecían y con los teberintos de sus orillas bajo cuyas copas tantas divinidades pasaran; enaltecido por la sombra voluptuosa de Cleopatra y santificado por los conjuros de sacerdocios prehistóricos, en cuyas aguas se retrataban las estrellas recogidas por los Ptolomeos y enumeradas dentro de su palacio para transmitir las luego á los pueblos; ilustrado por las narraciones del gran Herodoto y por los coros de esfinges que llevaban en sus labios de granito secretos de la eternidad y de la historia; deslizándose así como el tiempo, fluyente de un abismo desconocido y desembocando en otro abismo donde se pierde y se disipa también, entre monolitos y pirámides y momias que llevan sobre sí entallados jeroglíficos, guardadores de tantas revelaciones, era propio para tentar á Nerón, curioso é inquieto por saber si estaba su manantial primero en la tierra, ó como aseguraba la tradición, provenía del monte central de la luna y desde allí se precipitaba sobre los desiertos para que todo en él fuese divino y sobrenatural. En estas imaginaciones consumía la vida y disipaba los años, eternamente soñando con locos fantaseos y con embusteras esperanzas, como en demostración de que la mente humana está en el trabajo de crear á la continua empeñada y de que los deseos y las ambiciones del hombre no se llenan jamás, ni se satisfacen, aunque abisméis en ellos lo infinito.

Mas lo que principalmente le absorbía no era su gloria científica, era su gloria literaria. Cuando tras mucho desvivirse por tocar el ideal de sus ambiciones, con puerilidades semejantes á las del niño que quiere tocar la luna, se desencantaba de un esfuerzo y de

un trabajo, volvía con empeño al circo y al teatro en pos de una corona de laurel, más apreciable á sus ojos que las coronas del imperio. Así abrió un certamen donde se proponía probar que nadie le aventajaba, ni en música, ni en poesía, tomando por juez al pueblo romano, en sitio donde cabían cien mil ciudadanos, la parte más conspicua y madura y hábil de aquella enorme aglomeración humana. Las gentes políticas de seso estaban inquietas con profunda inquietud al contemplar cuánto arriesgaba Nerón en aquellas calaveradas literarias. Siendo el primero en la tierra por su augusto poder, no estaba en el caso de bajar un escalón y presentarse como segundo é inferior en cosa ninguna. Por ganar su corona de laurel, corría riesgo tan grande como que se le cayese su áurea imperial corona de la frente. Así, dirigiéronse tales clases alarmadas al Senado y le rogaron que decretase cuantas coronas quisiese el emperador, con tal que no se presentara éste al certamen público. Accedió el Senado á ello y decretóle por solemne rescripto el premio de la poesía y de la elocuencia y de la música y de cuantas artes y letras pudiese haber en la tierra ó soñar el más exaltado magín. Pero el emperador no hacía caso de tales oficiales lauros. ¡Valiente cuidado á él daba una cámara servil que le declaraba dios, lo cual podía ser por fuera cuando miraba las cervices tendidas bajo sus pies, pero que no podía serlo cuando á sí mismo se miraba y se veía por dentro! Nerón despreciaba premios apercebidos por el Senado y los quería dictados por el pueblo. La palma que le concedía el Senado era de puro favor; necesitábala él de justicia estricta. Así hubo en el estadio donde le debían decretar el premio, como he dicho, espacio para cien mil hombres. Escríbense con suma facilidad estas cifras; pero no pueden reunirse dentro de la viva realidad sin mucho estruendo y escándalo y peligro y daño. Diríase que aquello era una inundación, según las gentes que discurrían y pululaban por todas partes. Cuando moles humanas de tal importancia y enormidad se reúnen, adquieren algo de la fuerza mecánica y ciega que tienen las moles naturales. Y aplastan todo aquello que tienen delante y lo arrollan y lo destruyen desconsideradas é indiferentes. Por los callejones y por los pasadizos de la ciudad murieron muchos espectadores asfixiados. A otros los reventaron sin piedad contra las paredes y les pasaron por

encima, destrozándoles vivos, como suelen los buitres destrozar los cadáveres abandonados. Las legiones augustales de alabarderos ó claquistas, estipendiados, se diseminaron por grupos á fin de imponer las loas y los aplausos por fuerza. De los espectadores encerrados allí, no podía salir uno hasta que no se acababa toda la función. Muchos se pusieron malos. Algunas mujeres encintas malparieron, y otras, al revés, parieron robustas criaturas con felicidad. Hubo quien como muerto, á causa de un síncope semejante á una catalepsia, entró en el Espoliario. Imaginaos si aquella multitud, cansada, fatigadísima, que tantos golpes sufriera y que tantas angustias pasara, le hubiese dado por tornarse contra el emperador: lo deshacen, como un muchacho pudiera deshacer un muñeco. El célebre Vespasiano, porque se durmió y roncó, estuvo á punto de perder la vida, costando mucho trabajo hurtar su cuerpo á la ira del emperador. Danzó éste primero como una bailarina gaditana; disertó luego sobre magia y teurgia como un mago, acompañando su discurso una suave música; hizo tras esto pruebas como un prestidigitador con grande movimiento y castañeteo en los dedos; auguró presagios más ó menos ciertos en formas sibilinas llevadas de oído en oído por los heraldos colocados y distribuídos á ciertas distancias; corrió en carro de marfil y oro, tirado por una cuadriga de brutos africanos que bebían el viento; recitó versos de todos los trágicos griegos y latinos más célebres, representando los respectivos papeles con tal propiedad, que, habiendo hecho de Hércules encadenado, descendieron los milites á la plaza para romperle las cadenas; saltó como un atleta é hizo pantomimas como el último de los bufones. Pero el pueblo, tan prostituído como su amo y que concluía por mancharse con su contacto, pues no hubiera podido hacerse aquello sin su consentimiento, reía si reía el emperador, lloraba si el emperador hacía papeles trágicos, saltaba de gozo cuando el emperador de gusto, y al fin y á la postre aparecía como el mejor y más desvergonzado de todos los far-santes. Así no había gusto extraño que dejara de apurar, ni hábito vicioso que dejara de contraer este criminal, azuzado por los públicos aplausos. Cuentan que había encargado al interior del Africa y puesto luego dentro de una jaula, en guisa de fiera, un antropófago, á quien él mismo le daba carne humana fresca en sus

desvaríos á comer y á beber sangre caliente, y que luego se vestía con las pieles de todas las alimañas más feroces, ejercitando como ellas su ferocidad, hasta trucidar personas vivas y echárselas de hiena, de tigre, de león, como si fuera un honor grandísimo esta imitación de lo más cruel que hay en la naturaleza, de los instintos carniceros.

Un espectáculo y nada más que un espectáculo dado al universo fué la entrada de Tiridates, rey armenio en Roma, presentado por Nerón al pueblo como pudiera presentar un actor. El padre de tan poderoso bárbaro asiático había unas veces asustado al mundo romano con sus amenazadoras guerras y sus conatos de conquista en batallas inenarrables por la importancia y la grandeza. Ver á su hijo en Roma prestando vasallaje coronado al emperador y al imperio, era más que un vencimiento del padre temido; era un deshonor patentísimo. Así castigábalo la Ciudad Eterna después de muerto en su posteridad y en su historia. Sus huesos en el sepulcro se hubieran removido y saltado si llegaran á penetrarse de lo que allí sucedía. Mas el desvencijado Nerón se guardaba mucho de buscar al acto este lado político; presentábalo tan sólo bajo su aspecto artístico. Comprendiéndolo Tiridates, hacía que las entradas en las poblaciones fueran como una procesión gigantesca y les costaran enormes cantidades que les traían aparejada irreparable ruina. Toda la caminata fué por tierra. Entre las supersticiones mágicas resaltaba una singular, un culto al mar que no les permitía ni hollarlo con la quilla de sus naves, ni echar en él materia de ningún género á sus aguas extraña. Tuvo que atravesar el Helesponto, y lo hizo por lo más angosto y considerándolo antes como un río que como parte del mar. Era de ver Tiridates precedido por la caballería romana; de jinetes partos acompañado, que hacían evoluciones militares verdaderamente cabalísticas, con todos los príncipes de su familia en derredor suyo, vestidos cual viejos sátrapas orientales; la reina junto á él con casco de oro, cuya visera le ocultaba y escondía el rostro; incensado como un ídolo, pasando del Éufrates al Tíber en una serie de ceremonias y espectáculos que daban á la sumisión suya el aire de una grande apoteosis religiosa con verdadero carácter litúrgico y de una sacra importancia. Cerca de un año duró el viaje; cien mil francos de

nuestra moneda costó cada día sólo al Imperio, sin añadir á esta suma las incalculables é inverosímiles gastadas por los pueblos en sus obsequios y en sus cultos. No le consideró el emperador con títulos á entrar en Roma seguidamente. Quiso hacerle aguardar en lo que podríamos llamar las antecámaras de Nápoles, en Parthénope, especie de teatro, de circo, de mancebía, cuyos encantadores senos marinos manchaban los vicios de Tiberio, las demencias de Calígula, los crímenes de Nerón. Allí, á la vista del Vesubio extinto y del mar celeste celebraron los dos monarcas el primer encuentro. Tiridates hizo, al ver á Nerón, los mismos extremos que si hubiese visto á un dios. Precipitóse como los parias orientales en el polvo. Cuando Nerón le ordenó levantarse, no se irguió por completo, hincó en tierra la rodilla. Por fin, el emperador le puso á su lado y le permitió llevar signo tan manifiesto de soberanía é imperio como su espada. Un liberto de Nerón pudo mostrarle que los esclavos manumitidos por el romano César eran más y valían más que un rey asiático, malgastando en una fiesta de gladiadores el importe de un reino. Se necesitaba que divirtiese al pueblo un monarca, y cuando pataleaban los moribundos en montón del cual salían ríos compuestos por caliente sangre, Tiridates, á guisa de Nerón, se hacía también actor, y pidiendo un arco disparaba su flecha de parto á un toro bravo, que bramaba de rabia y escarbaba el polvo en la candente arena, pasándole de parte á parte y tendiéndolo en el suelo como herido á un fulminante rayo. Terminadas las fiestas parthenopeas comenzaron las fiestas romanas. El pueblo-rey recibió al huésped coronado que ingresaba en su foro, cual hubiera podido recibir á un dios nuevo que ingresara en su panteón. Los ciudadanos vistieron todos túnica blanca, pues aquellos que no la tuvieron de su peculio privado, la tuvieron del público erario. En tanto número había guirnaldas de flores, que semejava un templo aquel espacio. Las cazoletas litúrgicas en tanto número ardieron y tal incienso exhalaban, que llegaron á formarse nubes en los aires con las humaredas del incienso. Tales dorados se sobrepusieron á las aristas en todos los edificios, que se llamó al día del recibimiento día de oro. Purpúreos los velámenes en el teatro de Pompeyo, de oro las estatuas, de seda y perlas los trajes, de piedras preciosas los vasos en que los refrescos eran servidos á la

corte, de preciosos embutidos las armaduras, aquel espectáculo sobrepusó á cuantos diera en su larga vida de cómico y farsante Nerón. Por un capricho de su imperial arbitrariedad, dió después de la representación matinal en el teatro un almuerzo babilónico al aire libre, y después del almuerzo babilónico una carrera de carros, en la cual ostentaba el gorro y el uniforme verde. Después concedió públicamente autorización para restablecer y reedificar la ciudad de Artajarta, que uno de sus generales había destruído, como Alejandro destruyera la capital de los fenicios y Escipión la ciudad de los cartagineses. El rey de Armenia se mostró agradecido, y cuando volvió á su Estado, publicó un decreto disponiendo que la capital de su reino se llamara desde aquel entonces Neronia.

Las grandes inclinaciones del emperador á las artes plásticas le desacreditaban mucho entre los romanos, los cuales decían vulgarmente que Roma idolatraba los ídolos, pero no sentía estimación alguna por aquellos que los tallaban y los componían. La retórica, la filosofía, las letras aparecían muy dignas de respeto en su estima; pero no la escultura, no la gimnasia, no la música. Arte de gréculos, como si dijéramos de siervos, no podía placerles, y si les placía, de ninguna manera honrarles. Cuando se vieron á una convertidos en comparsas de Nerón, se capuzaron todos en las conjuraciones más tremendas para hurtar el cuerpo y no contribuir á un ejercicio que los manchaba y los envilecía. Sin embargo, la música, por quien el emperador Nerón se perdía, gozaba más favor como hermanada con la poesía. En el sentir antiguo, versos y cuerdas formaban como un enlace de armonía estrechísimo. Los idilios iban acompañados de música muy suave, y Nerón solía, no sólo decirlos, cantarlos y aun buscarlos en sus esparcimientos artísticos. Unas veces se disfrazaba de dios Pan soplando en el caramillo, y otras veces de Safo tañendo la cítara que consonaba con sus sáficos en artificioso salto de Leucades. Hasta hubo vez que se vistió de sacerdote asirio para tocar la gaita caldea. También le placía mucho el arpa y especialmente los coros. Decía Séneca en su lenguaje de antífrasis que había en los espectáculos neronianos número de cantantes superior al número de oyentes. Y para lo que más empleaba la música también el emperador era para las pantomimas, en cuyos gestos lascivos buscaba un alimento á su lujuria. La obs-

cenidad se mezclaba en tales términos á la vida de Nerón, que no quería él artes soberanas y señoras, las quería completamente rebajadas y prostituídas. No eran sus reinas, eran sus barraganas. Sin embargo, tan iluso aparecía y tales engaños respecto de sí mismo experimentaba, que se creía capaz de ganarse la vida con su voz, y consideraba que lo meritorio en él no era una corona debida en último resultado á la casualidad de haber nacido dentro de la familia imperial; era su arte, que había recibido íntegro y esplendoroso del cielo. ¡Pero si Nerón sólo hubiese cantado! Al pueblo le gustaban más otros esparcimientos y recreos. En los espectáculos de cántico y de recitado tenía que callar el pueblo; en los espectáculos del circo y del anfiteatro despedía su voz y formaba parte íntegra de la fiesta. Por eso añadió á los conciertos músicos y á las recitaciones dramáticas los demás juegos que gustaban al pueblo-rey, los cuales se prolongaban más allá del día y formaban por su frecuencia una parte casi de la vida vulgar y ordinaria. Así el espectáculo se ligaba con la política y se volvía una verdadera cuestión de Estado. El pueblo lo tomaba por un comicio donde intervenía en las cosas políticas, y el imperio lo tomaba por un medio de someter y degradar al pueblo, sabiendo cómo la degradación apareja de suyo el envilecimiento y cómo el envilecimiento siempre guarda cebos á la tiranía y alimenta el despotismo. ¡Terrible caso en verdad el ponzoñoso jugo diluído por las venas del pueblo para corromperlo, en la seguridad evidente de que se correspondían corrupción y servidumbre!

En el valle formado por el espacio sito entre la montaña palatina y la montaña aventina extendíanse los estadios de las fiestas imperiales dadas por Nerón á su pueblo. Allí donde habían jugado en varoniles recreos sobre la espontánea hierba, tirando á la barra y á la pelota, en ejercicios higiénicos, buenos para la salud y propios para mantener la pureza de costumbres con la elevación de ideas los antiguos romanos, maullaban los tigres y panteras en tiempo de Nerón; corría la sangre humana; peleaban por el vil oro los que antes pelearan por la eterna ciudad, y se veían las estatuas, no de aquellos que habían vencido en cien combates, así á los númidas como á los cimbrios, de quienes habían llegado antes á la meta en férvida carroza ó conseguido el premio de ignominiosas competen-

cias. Los rojos y los verdes, los blancos y los azules habían sustituido á los Marios y á los Gracos. Nerón llevaba tan lejos el hábito de frecuentar los hipódromos y el gusto de adiestrar los caballos, que él, tan duro y sanguinario, guardaba las viejas cabalgaduras como si fueran viejos ascendientes, y tenía una corte completa de jinetes y de caballistas. Colocadas las cuadras imperiales al pie del Capitolio, no lejos de la Tarpeya, en sitio próximo al arco flaminio, el emperador se gozaba erigiendo simulacros en mármoles y bronce á los perros más husmeadores, á los caballos más aligeros, á los atletas más forzudos, á los jinetes victoriosos. ¿Cómo no descendían en presencia de tal profanación desde sus pedestales al suelo aquellos simulacros y estatuas de quienes consumieran sus vidas peleando por la libertad y por la patria? Uno de los asuntos poéticos á que Nerón dedicaba predilecciones, era el horrible arrastre del cadáver de Héctor, atado á dos caballos, en torno de las murallas de Troya, por su correlación estrecha con las carreras y con los circos ecuestres. Desde su niñez el emperador se inscribió entre los verdes, y desde la niñez le interesaron más las luchas de este su partido en el anfiteatro con los rojos, que las luchas de sus generales en la frontera con los bárbaros. A veces hacía que todo fuera en los combates aquellos de verde color, desde los trajes del público hasta el color de las arenas sembradas en el circo, á las cuales mezclaba partículas de oro puro y pajillas de transparente cristal. Y pasaba el día entero en estas distracciones hasta disponer que hubiese veinticuatro carreras por día en muchas ocasiones y que tomaran partido por uno de los bandos y su respectivo color las personas más autorizadas y más conspicuas. Los senadores, imposibilitados de tratar las materias legislativas, trataban las materias ecuestres; los ciudadanos, despedidos del comicio, se agrupaban en el anfiteatro según sus respectivas preferencias; y bien puede asegurarse superaban en importancia y en influjo á los Escipiones y á los Camilos y á los Cocles, representados en el mobiliario y en el Senado patrios, un flautista, un cochero, un atleta, un gladiador. Sabido esto, no parecerá exageración de poeta el indignado dicho de Juvenal asegurando que Roma se conmoviera más de haberle comunicado una derrota de los verdes en el circo que si le hubieran dicho se había perdido nuevamente la batalla de Cannas

y rugía sediento de venganza el africano Aníbal á las puertas del Capitolio.

¿Y los gladiadores? Importación etrusca, lígase con los reyes este bárbaro espectáculo. Nunca lo conoció la República en los buenos tiempos. Si había hombres inmolados en los funerales, era como un resto de los antiguos sacrificios humanos litúrgicos que sobrevivieron á la mayor extensión de cultura y sobrenadaron en la corriente y curso de los tiempos. La fiesta de gladiadores, la sangre tomada como un aroma, el combate como un drama, la muerte como un recreo, no aparecen hasta después que ha tocado Roma la última decadencia. Bajo tal estado terrible, no solamente daban estas carnicerías en festejos los jefes del imperio y los altos magnates del patriciado; dábanlas simples particulares cuando eran verdaderamente ricos. Nerón, aunque no tan aficionado á estas como á otras clases de espectáculo, llegó en sus exageraciones y demencias al punto de construir en ámbar todos los enseres necesarios para las fiestas de gladiadores. Además difería mucho de los antecesores en la calidad y número de combatientes, pues unas veces arrojaba sobre las arenas esclavos nubios de uno y otro sexo, mujeres solas que luchaban entre sí con tanto furor como los hombres, y hasta niños. Las escuelas de gladiadores veíanse llenas de gentes poderosas y nobles, que presenciaban el ensayo de los ejercicios, no faltando damas capaces de yacer con los más hermosos, y citarlos á gabinetes apercebidos y dispuestos para esta clase de goces en la escuela misma; las efigies suyas resaltaban en los jarros y en los relieves y en las piedras duras, componentes de anillos y collares, así como en los mosaicos de las salas y estrados más prominentes, que presentaban sus figuras y sus nombres cual un ornato verdadero; el ojeo para cazarlos y el mercado para venderlos aparecían permanentes, formando los ojeadores un ejército de caza y los ojeados y asidos otro de siervos, pues Augusto, entre los césares uno de los más sabios ó severos, había inmolado diez mil en sus festejos; las preseas y los arreos, que tanto encantaban los ojos, lucían en almacenes cercanos á las áreas y gustaban mucho por ser cadenas doradas unas veces, hierrecillos preciosos rematados con botones que al fuego se calentaban y enrojécían, cascos concluidos por plumajes de muchos colores que ondeaban al aire como

alas de pintadísimas aves; la disciplina en que vivían se asemejaba de suyo al cuartelamiento y á la claustración, como las materias de que se nutrían hallábanse dispuestas para prestar á los cuerpos sangre, mucha sangre que derramar sobre los pavimentos; poseían una gran tristeza, pues hermanándose con sus compañeros hasta la identificación, veíanse luego forzados y constreñidos á herirlos é inmolarlos sin piedad alguna; grandes anuncios señalaban el día de la fiesta, y banquetes que podríamos llamar fúnebres se daban la víspera, en que acostumbraban los infelices á recitar una especie de oral testamento, y pedir con lágrimas y sollozos protección y amistad para los deudos y para los amigos que debían dejar sin recursos y sin amparo en esta vida; nubes de merodeadores y chalanes los circuían, tentándolos para cerciorarse de su robustez, midiéndolos para saber su estatura, clasificándolos para describirlos en pregones y subastas, porque la generalidad de los luchadores hallábanse á la continua en venta; maestros de sabia esgrima destinados á dirigir sus ejercicios y médicos destinados á sostener sus fuerzas los instruían en gimnasia y les ordenaban una especie de higiene instintiva, engordándolos para la muerte, cual nosotros engordamos los cerdos; las armerías para los instrumentos de su combate y las fraguas para forjar sus hierros y los grandes hospitales para recogerlos, si las heridas permitían cura, y los pudrideros para enterrarlos eran enormes y formaban como una cintura de grandes edificios alrededor de los circos; las paredes exteriores del edificio relucían bañadas con betunes multicolores, en los cuales resaltaban, al fresco pintados, juegos diversos, donde no se velaba con disminución de ningún género el horror de aquellas carnicerías y matanzas; de trecho en trecho extendíanse unas capillas dispuestas en cordón, á cada uno de cuyos ingresos había dos columnas muy gallardas, coronadas en su techumbre con trofeos guerreros; por todas partes veíanse novicios en el arte, discípulos de los veteranos, aprendices del oficio, ensayándose á matar unos en otros, ó bien metiendo sus espadas y puñales en el vientre de maniques y peles; la escuela y la instrucción y la costumbre y la enseñanza y aquellas disposiciones varias que curaban desde la instrucción hasta la limpieza y el aseo, adiestrábalos al oficio, como se adiestran los halcones á la caza y los toros á la lidia, en términos de pedir el

hedor de la carne muerta como necesidad de su vida cuando tardaban mucho en expedirlos al combate y al asesinato; nerviosos unos y sanguíneos otros; valerosísimos de temperamento y robustos de complexión todos, ni las heridas les dolían, ni la muerte les amedrentaba, atisbando con ojos avizores, acometiendo con rabioso furor, matando con crueldad hasta cebarse con ensañamiento en su víctima sin haberla odiado nunca; la fiesta comenzaba por un desfile magno, en que los combatientes blandían sus espadas, cuyos filos lanzaban como centellas y chispas, saludando primero al César, luego al sacerdocio, después al Senado, por último al pueblo que pagaba los saludos con aclamaciones delirantes, cuyo fragor apagaba los sonos de las músicas; los vestiarios, casi desnudos, especie de animadas estatuas, iban á la cabeza, de sus tridentes armados, con los cuales jugaban, poniéndose á una en actitudes escultóricas; tras ellos los secutores, sus contrarios forzosos, cargados con todos los utensilios indispensables á la caza de hombres, desde los lazos en que caen los brutos hasta puñales que se clavan en el corazón de los hombres; tras los secutores, el grupo de los samnitas, cubiertos de pies á cabeza por sus escudos como las tortugas por sus caparazones y enmascarados por sus viseras, extrayendo las armas cual extraen sus áspides las víboras; tras los samnitas, los tracios, formidables por sus espadas; tras los tracios, los hospitales, encerrados en férreos cuerpos parecidos á organismos animados y ambulantes; tras los hospitales, los jinetes, caballeros en monturas aligeras y vibrando en sus manos lanzas parecidas á fulminantes centellas; tras los hospitales, los esedarios en sus carros de guerra; todos los cuales corrían unos tras otros persiguiéndose y matándose, ya en grupos numerosos, ya en formidables encuentros, obligados á cebarse porque les aguardaban al par de las execraciones públicas, semejantes á una maldición colectiva, los botones de fuego asestados á sus carnes, impeliéndolos adelante hasta que la sangre salía por los poros á borbotones, las tripas y demás entrañas manchaban el suelo, caían unos maltrechos y malheridos, agonizaban otros con estertores dulces ó violentos, quedaban los más exánimes y circundados por siervos negros, vestidos de rojo, que ocultaban las horribles asquerosidades de la matanza con paletadas de arena y asestaban algún golpe de gracia final, hasta cierto punto

misericordioso, pues en definitiva los remataba para siempre, recogiendo sus cadáveres enterradores vestidos de Mercurio, el dios que lleva las almas á los infiernos, hasta que, después de haber el público vociferado y pateado y puesto sus cinco sentidos en aquel exterminio de vidas plenas asaltadas por muertes súbitas, ibanse todos hastiados, dejando lagos de sangre por doquier y montones de carne que debían llenar aquél suelo romano de miasmas y de maldiciones sin fin, cuyos efluvios iban sobre sociedad tan proterva condensando una espantosa catástrofe.

A estas luchas bajaron en varias ocasiones altos patricios, impelidos por terribles decretos de Nerón. Y no eran las únicas cruentas. Celebrábanse luchas de animales en que, ó bien éstos mutuamente se dentellaban y herían, ó bien se juntaban al olorcillo de la carne humana y se comían varias personas lanzadas á su voracidad en el florecimiento de su vida. Otras veces, cazadores muy diestros cazaban las fieras en presencia de Nerón. Distinguíanse los partos en tales cacerías por sus flechas, y por sus lanzas los moros. Jabalíes de Lucania, osos de los Sabinos montes, avestruces del Nilo, toros de nuestra España, elefantes de India y monos de Mauritania, hipopótamos y leones y panteras ofrecían diversos y seguros blancos á los arqueros y demás diestros matadores. Hasta nueve mil bestias quedaban tendidas en aquellos ojeos espantosos que á veces duraban semanas seguidas y aun meses. Lo cierto es que Roma despobló de sus animales el Africa de tal tiempo y entró á tala y á ojeo continuos en Asia para despojarlo de fieras que llevar á sus ensangrentados redondeles. Muchos despojos de tales cazas pertenecieron á particulares; mas los leones y los elefantes, á emperadores tan sólo. No faltó entre éstos quien echara vivos en tiempo de hambre sus esclavos á sus panteras. Las jaulas se levantaban sobre pilotes en tanto número que parecían componer ciudades con calles y plazas y todo. Alguna vez llevaron los césares sus regocijados caprichos al extremo de vestir á las damas de ninfas que circuían con sus arcos á Diana y cazaban como en las edades mitológicas. Lo que más gustó á Nerón fué un tinte general de diversos colores dado á las especies que á su fiesta destinaba. Viéronse bueyes pintados de cal blanca, borregos teñidos de color púrpura, leones de doradas guedejas, avestruces

parecidos á grandes monstruos metálicos á causa del cinabrio con que cubrieran sus plumas. La doma de animales carniceros y la domesticación de animales bravos eleváronse á la categoría de verdaderas artes. Veíanse muchachos jugando sobre las espaldas de toros bravos que corrían veloces y saltaban alegres sin derribarlos nunca; ciervos ensillados y enfrenados á guisa de caballerías y soportando jinetes á pesar de su inquietud; panteras al yugo sumisas como bueyes, y antílopes enrabiados como tigres; grullas combatiendo cual si fuesen fieras, y leones amansados cual si fuesen perriños de faldas; monos que danzaban al compás como los bailarines litúrgicos, y elefantes que solían escribir latín. Llegando la insania de aquel tiempo á holgarse con toda suerte de crueldades, solíanse presentar al diente de las fieras personas desnudas para que las devorasen, y representar con tal verdad la tragedia, que ardía el techo y perecían carbonizados los actores cuando abrasaba Medea el palacio de su rival. Bajo el suelo había tantas máquinas y artificio, que surgió en una ocasion grande navío con jardines en los cuales revoloteaban encadenadas aves del trópico y palmerales bajo cuyas palmas rugían fieras del desierto. Nada tan divertido como ver á las panteras merendándose con apetito en el anochecer varios vivos y palpitantes cristianos. Y cuando se cansaba de los espectáculos terrestres Nerón, surgían espectáculos marinos muy variados, en que los monstruos oceánicos jugaban y en que reían los romanos amigos de presenciar la muerte, agonías y ahogos y asfixias donde hallaban las emociones terribles requeridas por ellos de tales fiestas. Y en ellas, heridos unas veces, puestos otras sobre ardientes braseros, machacados bajo moles pesadísimas, enterrados vivos, cubiertos de pez, como los cristianos, y ardiendo, por los dientes y por las uñas de feroces alimañas desgarrados, morían los patricios faltos del valor necesario para desarraigarse de la tierra el maldito cesarismo que así los destruía y con tal infamia los entregaba deshonrados á la posteridad.